

# EL FÍGARRO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 5 DE MAYO DE 1895

Num 4.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi      Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

CO-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

## Medallones

LEONOR MELÉNDEZ

Reina, entre todas las monarcas de la belleza. Es la morena más regia, la morena más salerosa y avasallante que ha calentado el sol.

Su rostro apacible y sonriente, es para ser copiado por un Wateau en una deliciosa miniatura; su perfil hierático, para el fondo de una medalla antigua y su busto victorioso, de trazos alternos é impecables, para tallarse en mármol.

No cabe su glorificación en un bullente tropel de estrofas y la prosa pobre es para pretender trazar su silueta.

El sol ha dorado levemente su rostro. La caricia cálida ha dejado allí su huella amante. La morena es triunfadora. Y la belleza de Leonor Meléndez, vencedora es.

¡Ave, Diosa!

Para ella: que la dulce Musa Alegría, lleve en su pandero morisco, nido de ritmo embriagante, un puñado de mirthos menudos y de guindas frescas y rojas, como labios de virgen que nunca han besado.

Para ella: el trofeo valioso de corazones rendidos en la lucha galante; el ramo de rosas que Siebel deja en el alféizar de la ventana de Margarita; la alfombra de hojas tiernas y botones débilmente esponjados por los dedos de Flora, que para que pase Titania, tiende Oberón en el fondo de la selva hojosa y llena de músicas extrañas.

Ceñid, ¡oh genios invisibles!, á la frente de Leonor la diadema imperial.

Tejed, ¡oh hadas benéficas!, ahora que florece Mayo, arcadas de violetas blancas, alfombras de pétalos frescos, festones de lirios y guirnaldas de verbenas y heliotropos, para el festival de la gracia, de la belleza, de la modestia, de la inteligencia y de la amabilidad suma, reunido todo, por gracia de Dios, en la mujer que se llama, como se llamó la musa de Allán Poe y á la que el cariño nombra: Leonorcita.

CONDE PAÚL.

## El baile del 25

Como vago y riquísimo perfume queda el recuerdo de la fiesta que se organizó oficialmente; pero donde sólo oficiaron el buen gusto y la exquisita elegancia.

Adornado el salón con artística sencillez presentaba un buen efecto. De la parte media pendían franjas de preciosos colores, que allá iban á terminar al pie del pabellón tricolor, como votos que nacían del corazón y eran llevados á los altares de la patria. Primavera gentil derramó sus cestos de flores, y había uno como torneo de la hermosura y de la gracia.

Aquel salón en que la luz formaba caprichosos juegos con los rayos de los ojos decidores, con las suaves emanaciones de los cálices—urnas de aromas—y con las dulces cadencias de la orquesta, era así como la labor de una fantasía soñadora, como la bóveda de frescas azucenas—misterioso asilo para misteriosos sentimientos—campo de combate, donde era arma terrible el abanico de niveas plumas, donde las frases de amor se esgrimían como espadas damasquinas y el vals fue la música guerrera de los genios del encanto.

Para dar una idea del conjunto admirable que ahí se veía, falta á la pluma el derroche enloquecedor de las palabras que caen como perlas nacaradas en ambarinas copas.

Mis recuerdos, como aves entumecidas, rondan locamente en derredor de la llama, de los rayos irisados de aquella hermosa procesión de vírgenes del Ticiano.

¡Y así era! Mientras adentro las alegrías irradiaban en los rostros y chispeaban los brillantes con los cabrilleos de la luz, y la musa de los encantos disparaba sus áureas flechas, desde los tronos de profusas cabelleras, afuera el pabellón de sombras de la noche abrigaba las aves de la tristeza, para impedir que en algo alteraran la expansión y el ardiente regocijo.

A la profusión de luces que irradian, la profusión de hermosuras que deslumbran.

Era Mayo que traía azucenas de alabastro. Era un jardín. La rusia sembrada de lentejuelas que chispeaban de gozo al ser oprimidas por breves y deliciosos pies, la orquesta allá en la

parte superior, de donde caían cataratas de notas argentinas al conjuro de ese mago de la armonía: el maestro Olmedo.

Los palcos estaban completamente llenos. Se había dado cita gran parte de nuestra sociedad.

Como á las nueve de la noche principiaron las cuadrillas de honor. Diversos grupos se entregaban al delicioso placer del baile.

Noche de oro fue aquella. Cuántas palabras deliciosas al compás del wals, cuántas frases galantes entre los giros caprichosos!

Entre aquella concurrencia, en medio de tanta hermosura no era posible dar la corona de la victoria. Eran todas reinas y no podía ser de otra manera, cuando pasaban deslumbrando Ernestina Urrutia y Carmen Gomar, Cordelia Guirola y Hortensia Salazar, llevándose los corazones Josefina Argüello, Refugio Arce é Isabel Urrutia. El pintor más acabado habría arrojado su paleta ante el mágico poderío y el encanto misterioso de Teresa Drews, Anita Argüello y Emilia Angulo; el artista florentino no habría encontrado colores para colocar bajo celeste bóveda á Clementina Lemus y Josefina Orellana.

El gobierno de la hermosura es ejercido por las hermosas, diría el Duque Job al ver la donosura é ideal belleza de Lupe y Eugenia Palomo, al contemplar el perfil soberbio de María Zimmermann, el porte elegante de Mercedes Villatoro y la gracia triunfadora de Virginia Avila y Elisa Orellana á quienes envidian los perfumados botones y las gardenias húmedas de rocío.

El más opulento oriental, á usanza del Duque de Buckingham, habría vaciado su escarcela de perlas aromadas, habría agotado la mirra, para envolver en perfumes á María Alarcia y Clotilde Fiallos, á Mercedes Mejía y Leonor Flores.

Como libélulas inquietas, allá se iban las almas ante el nimbo de luz maravillosa de Mélida Urrutia, Trinidad Caminos y Emilia Quezada; y como parvada de pájaros azules volaban los entusiasmos ante Rosa y María Izaguirre, nevados jazmines empapados de rocío.

Astros de primera magnitud, estrellas blancas en un cielo purísimo de diciembre, poemas albos eran Josefina y Elvira Sagrera, para quienes tienen las flores en broches de terciopelo, perfumes que se guardan en urnas de esmeralda. Para realizar el milagro, para idealizar las grandezas ahí estaba Teresa Cobos, que lleva en los ojos primaveras de luz y gotas de iris. Ante ella debió decir Gutiérrez González que "palidecen del Sol los rayos rojos, y vacila la luz si pestaña." Una mirada de Teresa es un madrigal que palpita.

La ciudad de los ensueños, la aristocrática Santa Tecla quiso hacer gala de su floridez, y en góndola de nácar, sobre alfombras de mirthos ahí llegaron Lola y Delfina Dubón, María Ulloa y Ela y Enriqueta Orozco á presidir en las almas por un derecho propio: el supremo derecho de la elegancia.

Honraban con su asistencia aquella fiesta de la cultura las señoras de Alarcia, de Asturias, de

Ahuja, de Araujo, de Blanco, de Canessa, Mejía de Duke, Meléndez de Guirola, de Cañas, de Domínguez, de González, de Loucel, Duke de Mejía, Molina de Méndez, Sevilla de Palomo, González de Regalado, de Ochoa, de Sagrera, de Urrutia.

El cronista ofrece su ramo de violetas primaverales; y como nota que los lectores sienten envidia por no haber visto ese soberbio cuadro, aquí suspende estas líneas y para castigar á los envidiosos no cita más nombres; porque omitirlos es la mayor pena para tal culpa. Imaginaos que no os quiero recordar esos ángeles de nevadas frentes, de labios húmedos donde se posan las aves de la gracia, donde anidan las más puras ilusiones. Sufrid ¡oh vosotros los que envidiáis! Os privo del gusto de leer esos nombres, rítmica combinación de luz y armonía.

SIEBEL



## Mi Cultó

A Isaías Gamboa

Yo amo la palidez del lirio que agoniza, el blanco débil de la rosa thé que abre á la hora del alba su cárcel apretada, como labios de virgen dormida que dan paso á un suspiro. Amo las vaguedades de los crepúsculos; la blancura impecable del mármol; las flores tiernas y las flores caeducas que abate el viento. Amo el mar con su inmensidad tranquila, con sus olas que ruedan murmurantes y llegan á abrir su inmenso broche de espumas á la playa en que reverbera el sol. Amo el fondo espeso y hojoso de las montañas; el follaje nuevo que se regocija cuando llega Mayo; la blanca diosa de mármol, que sonríe, bajo el *plafond* de la parra exhuberante. Amo el verso que arrastra ceremonioso la cauda de su capa regia; el madrigal que salta y corre como un cervatillo; el idilio que bulle como un arroyo montañoso; el soneto que es medalla antigua y la oda fundida al calor del entusiasmo. Amo la prosa que viste traje carnavalesco y la que va por el mundo, llevando frac irreprochable y corbata blanca, colgada del brazo de la Locura y que bebe champagne y fuma y ríe.

Amo las vírgenes nostálgicas, pálidas, nerviosas, que desde este jardín fúnebre de fúnebres rosas, ven con sus profundos ojos verdes, en supremo éxtasis, la marcha de las estrellas por el cielo negro; las mujercitas lindas que son tesoros de gracia, que botan risas, besan con los ojos y muerden con sus palabras llenas de dulce maldad. Amo el dolor: cuando veo una mujer que llora, tengo para ella el tributo de una lágrima, brotada del corazón. Amo la alegría: cuando cruzo un salón con alguna damita que ríe amablemente, á la suya hace coro mi explosión de gozo.

Soy el hombre de todos, y el que ama el arte, como se ama á una novia.

ARTURO A. AMBROGI.

## Notas

Pláceme ver en noches estivales  
las estrellas que brillan  
en el azul purísimo.

Me atrae  
el océano inmenso con sus olas  
encrespadas, que al cielo desafían;  
la montaña gigante, que ocultando  
su cúspide en las nubes, siempre erguida,  
á los ojos del hombre se presenta  
imponente y magnífica.

Amo las flores de las selvas vírgenes,  
las flores que, escondidas,  
sus aromas agrestes  
derraman en las alas de las brisas.

Me embelesan los trinos del gilguero,  
que libre vuela por feraz campiña,  
el arrullo de tórtolas dichosas  
que en los bosques, amantes, se acarician.

Y siento compasión, honda tristeza  
por la torcaz cautiva:  
sus arrullos parecenme gemidos  
de ánimas que emigran  
del mundo de los vivos, los sollozos  
de enamoradas niñas  
que, inconsolables, lloran  
de galanes apuestos la partida  
á la ciudad callada de las tumbas,  
á la ciudad tranquila . . .

¡Oh sí! yo amo las tórtolas,  
las tórtolas cautivas,  
que gimen y sollozan  
si, tiernas, acarician,  
las aves melancólicas,  
nostálgicas poetisas  
que en los boscajes cantan  
salmodias y elegías.

¡Oh yo adoro á las pálidas doncellas  
de insondables pupilas,  
de cabelleras negras  
y frentes pensativas! . . .

Oh! violetas azules!  
oh áureas margaritas!  
oh cándidas gardenias!  
oh tristes siemprevivas!  
vosotras sóis las solas,  
las únicas amigas,  
las que en mis horas de tristeza escuchan  
mis confidencias íntimas.

Vuestros cálices ¡ay! han recibido  
las ardientes lágrimas vertidas  
por mis cansados ojos  
que envano buscan á la amada mía,  
á la bella mujer que, delirante,  
forjó mi fantasía,  
á la novia ideal de mis ensueños,  
"¡adorado imposible de mi vida!"

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

## A una artista

Ahora, después de tanto tiempo, ahora que  
ya no puedo verte, que ya no puede oírte, vivo  
de tus recuerdos.

A través de la sombra de mi alma, aun veo  
pasar tu imagen querida, envuelta en un manto  
de luz.

En medio del silencio de mi existencia, per-  
cibo á veces como una música lejana, los dulces  
acentos de tus canciones de amor, las quejas de  
tu triste despedida que quedó vibrando en mi alma  
como el eco del susurro del viento en una  
tumba rota.

¡Oh quién volviera á verte, quién volviera  
á oírte!

\*

Solo, en mi cuartito de estudio, yo velaba.

Era la alta noche; una noche de invierno,  
negra y fría.

La lluvia era incesante y el viento aullaba  
con tristeza y hacía crujir los vidrios del balcón.

Yo leía.

De pronto, el ruido monótono del agua fue  
turbado por una vibración melodiosa: ecos ex-  
traviados de una música distante, arrullos de una  
canción muy triste, cantada por una mujer.

Cerré el libro y me puse á escuchar.

¿Quién, como yo, velaba en aquella hora?

¿Qué alma enferma como el alma mía hacía  
desbordar en un torrente de notas un oculto dolor?

La soledad es el consuelo de los tristes.

Había un sér desgraciado que buscaba esas  
horas en que duerme el mundo, para entonar el  
himno fúnebre de un amor sin esperanza tal vez,  
de una ilusión ida para siempre quizá.

¡Qué música tan triste: gemía el piano y la  
voz temblaba en una garganta divina!

Quien así cantaba debía de ser una mujer  
joven y hermosa.

Desde entonces yo amé á esa mujer.

Mucho tiempo después te conocí; tu voz me  
hizo encontrarte.

Tú eras la que desde lejos, cantando, me ha-  
bías acompañado en aquella larga noche de in-  
vierno, negra y fría.

Después — ¿te acuerdas? ¡ah! tal vez ya lo  
habrás olvidado! — vinieron otras noches, otras  
largas veladas. Entonces ya no había tristeza,  
ya no estábamos solos, estábamos juntos.

Y tus dedos de rosa ya no arrancaban al pia-  
no las notas del dolor, y habías tú olvidado las  
canciones de la desventura.

¡Ay, después volviste á recordarlas! Fue  
aquella noche última de nuestro amor, cuando  
entonaste el himno fúnebre de los que se van, esa  
desgarradora despedida que ha quedado vibrando  
en mi alma como el eco del susurro del viento  
en una tumba rota.

¡Y no hemos vuelto á vernos!

¡Y tú tal vez ya me olvidaste, en tanto que  
yo, abandonado, combatido por la desgracia, aun  
pienso en tí!

ISAÍAS GAMBOA.

## Notas

Pláceme ver en noches estivales  
las estrellas que brillan  
en el azul purísimo.

Me atrae  
el océano inmenso con sus olas  
encrepadas, que al cielo desafían;  
la montaña gigante, que ocultando  
su cúspide en las nubes, siempre erguida,  
á los ojos del hombre se presenta  
imponente y magnífica.

Amo las flores de las selvas vírgenes,  
las flores que, escondidas,  
sus aromas agrestes  
derraman en las alas de las brisas.

Me embelesan los trinos del gilguero,  
que libre vuela por feraz campiña,  
el arrullo de tórtolas dichosas  
que en los bosques, amantes, se acarician.

Y siento compasión, honda tristeza  
por la torcaz cautiva:  
sus arrullos parécenme gemidos  
de ánimas que emigran  
del mundo de los vivos, los sollozos  
de enamoradas niñas  
que, inconsolables, lloran  
de galanes apuestos la partida  
á la ciudad callada de las tumbas,  
á la ciudad tranquila . . .

¡Oh sí! yo amo las tórtolas,  
las tórtolas cautivas,  
que gimen y sollozan  
sí, tiernas, acarician,  
las aves melancólicas,  
nostálgicas poetisas  
que en los boscajes cantan  
salmodias y elegías.

¡Oh yo adoro á las pálidas doncellas  
de insondables pupilas,  
de cabelleras negras  
y frentes pensativas! . . .

Oh! violetas azules!  
oh áureas margaritas!  
oh cándidas gardenias!  
oh tristes siemprevivas!  
vosotras soís las solas,  
las únicas amigas,  
las que en mis horas de tristeza escuchan  
mis confidencias íntimas.

Vuestros cálices ¡ay! han recibido  
las ardientes lágrimas vertidas  
por mis cansados ojos  
que envano buscan á la amada mía,  
á la bella mujer que, delirante,  
forjó mi fantasía,  
á la novia ideal de mis ensueños,  
“¡adorado imposible de mi vida!”

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

## A una artista

Ahora, después de tanto tiempo, ahora que  
ya no puedo verte, que ya no puede oírte, vivo  
de tus recuerdos.

A través de la sombra de mi alma, aun veo  
pasar tu imagen querida, envuelta en un manto  
de luz.

En medio del silencio de mi existencia, per-  
cibo á veces como una música lejana, los dulces  
acentos de tus canciones de amor, las quejas de  
tu triste despedida que quedó vibrando en mi al-  
ma como el eco del susurro del viento en una  
tumba rota.

¡Oh quién volviera á verte, quién volviera  
á oírte!

Solo, en mi cuartito de estudio, yo velaba.  
Era la alta noche; una noche de invierno,  
negra y fría.

La lluvia era incesante y el viento aullaba  
con tristeza y hacía crujir los vidrios del balcón.

Yo leía.

De pronto, el ruido monótono del agua fue  
turbado por una vibración melodiosa: ecos ex-  
traviados de una música distante, arrullos de una  
canción muy triste, cantada por una mujer.

Cerré el libro y me puse á escuchar.

¿Quién, como yo, velaba en aquella hora?

¿Qué alma enferma como el alma mía hacía  
desbordar en un torrente de notas un oculto dolor?

La soledad es el consuelo de los tristes.

Había un sér desgraciado que buscaba esas  
horas en que duerme el mundo, para entonar el  
himno fúnebre de un amor sin esperanza tal vez,  
de una ilusión ida para siempre quizá.

¿Qué música tan triste: gemía el piano y la  
voz temblaba en una garganta divina!

Quien así cantaba debía de ser una mujer  
joven y hermosa.

Desde entonces yo amé á esa mujer.

Mucho tiempo después te conocí; tu voz me  
hizo encontrarte.

Tú eras la que desde lejos, cantando, me ha-  
bías acompañado en aquella larga noche de in-  
vierno, negra y fría.

Después — ¿te acuerdas? ¡ah! tal vez ya lo  
habrás olvidado! — vinieron otras noches, otras  
largas veladas. Entonces ya no había tristeza,  
ya no estábamos solos, estábamos juntos.

Y tus dedos de rosa ya no arrancaban al pia-  
no las notas del dolor, y habías tú olvidado las  
canciones de la desventura.

¡Ay, después volviste á recordarlas! Fue  
aquella noche última de nuestro amor, cuando  
entonaste el himno fúnebre de los que se van, esa  
desgarradora despedida que ha quedado vibrando  
en mi alma como el eco del susurro del viento  
en una tumba rota.

¡Y no hemos vuelto á vernos!

¡Y tú tal vez ya me olvidaste, en tanto que  
yo, abandonado, combatido por la desgracia, aun  
pienso en tí!

ISAÍAS GAMBOA.

## Saetas

PARA ALBERTINA STICH

En tus ojos ha dejado la ola del mar su azul suave y tranquilo.

Digo yo:

—¿Qué bajel de nácar surcará ese mar y romperá esa ola?

\*\*\*

A GUICELA AVILA

—¿Su gracia?.....

Zandunguera: Ud. ha arrebatado á Carmen el clavel tinto que ofrenda á su novio entre *trémolos* y trinos, en la ópera de Bizet, y se lo ha plantado entre la madeja de su cabellera hundosa.

Tiene Ud., reina, la gracia que se deshace en sal marina.

\*\*\*

PARA EMILITA LEIBA

El lirio tiene palidez de virgen anémica. La gardenia viste traje de novia y bebe vino blanco en el festín de la castidad. La violeta es novicia. La tuberosa celebra su misa del amor en el bosque sagrado.

¿Y tu blancura? Es hermana del lirio, es hermana del lino, del albo botón del rosal, del puñado de azahares, del ala del cisne condal.

Eres tú, "virgen pálida". De tu culto, soy devoto. El levita fervoroso vela ante la *virgen blanca*.

CONDE PAÚL.

\*\*\*

## Lucrecio

—Ábrete, obscura puerta de la tumba,  
y deja entrar un alma

Que para ver la luz, del bajel fúnebre  
cortó la negra amarra,

Y hacia la eternidad lo empujó luego  
y hoy en sus ondas vaga.

—Quién osa á mí llegar sin la consigna  
de Él, que todo lo manda?

—Quién pesó la inmortal Naturaleza  
como en una balanza,

E interrogando al árbol y á la roca  
en la fecunda entraña

De la tierra, vió el ojo del misterio  
fijo en la inmensa nada.

El que, encorvado bajo el peso rudo  
De su mundo de dudas cual otro Atlas,

En lo desconocido, mar sin límites,  
Anhelando la luz, sumergió su alma—

—Y tú ¿quién eres tú?

—Yo soy Lucrecio.

—Entrad, porque tenéis franca la entrada.

VICENTE ACOSTA

## Panoplias

ARMAND SILVESTRE

Unos cuarenta y tres años. Alto, blondo, ojos dulcísimos. Y en la barba sedosa la boca sensual y fina de un nieto de Rabelais.

Un abdomen amable y el mismo abdomen—amable también—en el carácter. Nació en París, aunque Tolosa conserve en los archivos su partida de bautismo. Ha pasado por la Politécnica. Ha sido bibliotecario del ministerio de Hacienda, bajo el ministerio Carnot. Quiso poner en estrofas líricas las cuentas del presupuesto. Esta fué la causa de su dimisión.

Poeta de bella raza latina. Ama lo bello bajo todas sus formas y así lo demuestra en sus *Cuentos*. Ha publicado volúmenes de poesías que todas las francesas y muchas españolas han leído y volúmenes de *nouvelles* que esas mismas mujeres confiesan—pero cubriéndose con el abanico—haber leído. Quedará como poeta y como *conteur* por la gracia y bondad que llenan sus venas.

Señas particulares: tiene muchos amigos, que no hablan nunca mal de él: *Il le leur rend bien*.

CONDE KOSTIA

~~~~~

## Flores marchitas

\*

En tu cumpleaños quiero permitas  
Que yo te rinda mi admiración,  
Toma estas flores, que aunque marchitas,  
Llevan esencias del corazón.

\*

Aunque no tienen bellos colores  
Pues que ya el tiempo se los quitó  
Aun guardan suaves, tiernos olores;  
Por eso, amiga, las quiero yo.

\*

Y es que en el mundo jamás perece  
Lo que es pureza, lo que es virtud...  
¡Todo lo humano desaparece.....!  
¿No ha de causarnos esto inquietud?

\*

Yo admiro todo lo que es grandeza  
Lo que es sublime, lo que es amor,  
Lo que ha creado Naturaleza  
Para que alivie nuestro dolor.

\*

Por eso, amiga, quiero permitas  
Que yo te rinda mi admiración:  
Toma estas flores, que aunque marchitas,  
Llevan esencias del corazón

LUIS LAGOS Y LAGOS

4—26—1895.

## El Salmo

Arrodillado junto á la verja dorada del altar, lleno de devoción, estaba esa mañana. El sacerdote, alzó la hostia, entre nubes de incienso y el repiqueteo de las campanas. La forma sagrada, alba é inmaculada, con albura de lirio é intactez de vellón de cordero, irradió en la mano, temblorosa de emoción, del Ministro de Dios. La llama de los cirios crepitaba; languidecían, presas de bochorno sutil, las rosas blancas y los lirios regios; brotaba la oración de los labios de la muchedumbre arrodillada y en el fondo de todas las almas, florecía la fé y alentaba la devoción.

Y el órgano, en esos solemnes instantes, prorrumpió en un glorioso salmo.

Fue un loco desborde de armonía mística. Saltaba la nota; se replegaba el ritmo. Brotaba de aquellos mil tubos todo un fragmento de la epopeya de la Redención. Jesús, iba á través de los viñedos, predicando, seguido de su cohorte de apóstoles, que besaban la huella que el pie descalzo del Maestro dejaba impreso en la tierra. hirviente á la fuerte caricia de un sol de estío. Entonces las notas tenían sonoridad de rugido; entonces el ritmo tenía la fuerza avasalladora de la elocuencia de Pablo, del símbolo devastador de Juan de Pathmos. Luego entre lirios, entre rosas, entre azahares, pasaba María, la virgen buena, sonriente, candorosa, siendo plegaria su sonrisa y su mirada promesa. Entonces, las notas tenían voluptuosidades de cándida alegría, de ansia mística.....

El salmo se apagó, pero de un modo lento, pausado. Iba languideciendo la armonía, apagándose, disolviéndose como se deshace al viento la blanca columna de humo que del pebetero sube al espacio. Iban las notas, fugitivas, asustadas, á refugiarse á los nichos, á saltar fuera, por la ventana ojival entreabierta, y por donde entraba un jovial rayo de sol. Iba debilitándose, paso, paso, hasta acabar, de pronto, en un gemido débil, como de agonizante que después de desesperada lucha por quererse asir, con manos crispadas, al borde de la barca que flota en el mar espeso y encrespado de la muerte, siente un rápido goce, un consuelo fugaz, y lanza el postrer suspiro, en el que va envuelto el último resto de vida: el alma.

Salí de la somnolencia en que estaba sumido. En esos momentos, en que me parecía el despertar de un hermoso sueño, el sacerdote, concluida la ceremonia, daba su bendición á los fieles que rezaban en voz alta un *padre nuestro*.

CONDE PAÚL

## Club "Unión"

Con motivo del primer aniversario de la Revolución de abril, esta culta sociedad dió una fiesta, que estuvo, según informes, animadísima. Reinó la más franca cordialidad y el más expansivo regocijo.

## Rima

El azul brilla en los cielos,  
El verde luce en los campos,  
Rueda el perfume en las flores  
Y la dulzura en el cántico.  
Pasan jugando las auras  
Por las copas de los álamos,  
Danzan arcientes las ninfas  
Con los gnomos y los sátiros,  
Llevan luz en las miradas,  
Llevan ternura en los labios;  
Y Cupido va en las frondas  
Con las almas jugueteando....!

JEREMÍAS MARTÍNEZ

## El Ramo de la abuelita

El jardinero—Saturio de la familia de los Cabursés—viejo cetrino que siempre llevaba al hombro la escopeta de llave, y seguido de un lebel cebreado en rayas de colores indefinibles, abrió la puertas, dos rejas cuyos remates eran el escudo y la corona de aquella antigua y hoy pobre familia de nombre legendario.

Por la ventana de Estefanía, una escala acromática salida del asmático pecho de un clavicordio, hace que Fiel enderezca las orejas, cabriolee aplastando la yerba y corriendo al muro donde la Estefanía saluda al alba con la música de los diez y ocho años.

Se asoma en el momento que un sol triunfante arranca un rayo de luz á la culata de la escopeta del jardinero.

—Salgo, Fiel, hoy es el santo de la abuelita, y hay que buscar flores, muchas flores para cuando se despierte nuestra Marquesa, déjame concluir este aire de farándola. Y le dió un beso.

Estefanía es alta, delgada, de un moreno pálido y los ojos negros, grandes y húmedos. La boca tan roja, que su mamá—ia pobrecita murió cuando la última guerra—le decía:

—Estefanía, ladronzuela, tu boca es una fresa, se la has robado al viejo Saturio!

Aquella alborada de la gentil primavera, Estefanía cortaba alelías, gardenias y miosotis, hasta llenar el cesto que cargaba sonriendo el viejo Saturio, y aun Estefanía descubriendo en el cesto unas estefanotas corrió riendo y gritando: Mis tocayas!

Recogióse la falda donde florilegios grises y lilas hacían juego con un fondo crema, se arrancó el sombrero que aprisionaba sus cabellos negros y corrió sin sofocarse hasta la triple grada del pórtico.

—Calladitos Saturio, y tú *Fiel* no muevas el cuello, las flores las ponemos en la banquetta donde toma su sopa.....!

¡Qué terrible! ¿Será cierto? La criada Rita corría de la biblioteca á la cocina y no atinaba hacer algo.

Cuando llamó á la Marquesa, la encontró muerta, la pobre Marquesa de cabellos blancos que había bailado pavanas en la corte de los reyes, y recordaba fielmente los sucesos de la última guerra civil. Desde que el jefe de la casa murió al golpe del rastrillo de un frenético rojo, la viejecita dobló la cabeza, y golpe tras golpe pasó muchos años viendo cómo los tapices se empolvaban y se enmohecían las grandes armaduras.

Estefanía lloró mucho y oró más. La amable primavera entonaba su crescendo en aquella mañana tan triste, y las flores—los rojos alelíos y las moradas campánulas—orlaron el lecho donde la abuelita mostraba su regio perfil, con su nariz seca y larga, sus negros ojos y su pelo blanco como una gran mota de nieve.

Saturio secándose las lágrimas con el dorso de su chaqueta gris, cayó de rodillas junto á su perro, y un rayo de sol dando sobre el rostro de la muerta, le hacía sagrada sombra, como un rayo de gloria cayendo sobre aquella cabeza de santa!

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

## Sonetillo

La solitaria alameda,  
—con sus árboles copudos  
que al aire le hacen saludos  
cuando por entre ellos rueda—

En su verde malla enreda,  
tejiendo invisibles nudos,  
todos los ayes agudos  
que arrastra la polvareda;

Pero en sus alas enormes,  
—que ya abanicos simulan  
ó ya paraguas informes—

Como racimos, las notas  
se copulan, se copulan,  
inspirando ansias ignotas.

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

## Obito

En la tarde del día 2, á las cuatro y treinta minutos, falleció en esta capital, después de una penosa enfermedad, la apreciable señora doña Rosa V. de Darío, madre de nuestro amigo, el ilustre escritor Rubén y de la inteligente señorita Lola. Acompañamos, de todo corazón, en su duelo á los deudos Darío.

## Bric — á — brac

Para terminarse de imprimir están dos nuevos libros: "Notas y Estudios" del conocido Enrique Gómez Carrillo y "Notas Intimas" de nuestro Antonio Solórzano. A la mayor brevedad, las librerías ofrecerán en venta la nueva edición, nítida y bien aumentada, de las ya bien ponderadas "Páginas" de Alberto Masferrer. Este trae, entre todo lo bueno, un prólogo de Francisco Gavidia, que debe pesar oro puro, como todo lo que calza esta firma tan bien conocida ya.

El libro de Enrique Gómez Carrillo es una serie de estudios críticos, como él solo sabe hacerlos, con tanta erudición, gracia y elegancia. Tienen allí cabida algunas de las siluetas, rápidas y comprensivas, de los Poetas jóvenes de Francia.

En estos días debe de llegarnos de París, "Literatura Extranjera" del mismo, que está ya puesta á la venta por la casa librera de allá que editó el libro. Nota: El prólogo es de Jacinto Octavio Picón, el esclarecido autor de "Dulce y Sabrosa." Número de páginas: 350. Dedicatoria: Al enorme Clarín. Nota mía, esencia de los juicios ajenos que he leído á propósito de esa obra nueva, que no conozco todavía: es un trabajo digno de elogios y *que viene á llenar un gran vacío.*

El de Solórzano, es el primero que da al público: su primer paso. Y este es de seguro triunfante, porque su libro es bueno. Todo lo que la pluma fácil y correcta del amigo y compañero ha dejado en las columnas de muchos periódicos y muchas revistas, tiene lugar allí. *Papá Solórzano*, buen burgués, construye casa, para que sus hijos no anden vagando; para que tengan un rinconcito donde refugiarse, cuando haga frío y donde puedan, decir desde un balcón, á la gentuza que pasa, vagando libre; "amigos: ¡qué esta casa es nuestra!"

\*\*\*

Y ya que de libros hablamos, bueno es hacer partícipes á nuestros lectores de una noticia agradable que recibimos por medio de nuestra amada "Revista Azul" de Méjico.

Los amigos y admiradores del mago del arte, del inimitable artista que se llamó Manuel Gutiérrez Nájera, preparan una colección de sus trabajos dispersos: tratan de rehacer su obra. La obra constará de tres tomos, editados á gran lujo, é iran precedidos de un prólogo de Justo Sierra, "de este niño de cabellos blancos que tanto amaba á Gutiérrez Nájera," según frase del amigo de Méjico.

Nos llena de regocijo tal noticia. Es ésta que va á realizarse una obra de justicia. Hay que hacer de ese artista un dios. Ante ese culto, hincamos en tierra la rodilla, todos los que amamos el arte con fervor, todos los que somos devotos de esa religión pura.

\*\*\*

El libro de Pancho García Cisneros, de la *revue moderniste* "Gris y Azul" de la Habana, debe estar circulando ya. El, en atenta carta, nos lo ofrecía para los principios de Abril. Y Mayo ya impera; y el libro no llega!

Lleva el tomo un rótulo vibrante: "Mayólicas." Por allí, Primavera gentil pasa dejando rosas y perfumando páginas.

\*\*\*

Hasta ahora, en esta rápida revista bibliográfica me es posible decir lo que pienso de la joven poetisa cubana Juana Borrero, bien conocida ya de los lectores de "El Fígaro." ¿Y no recuerdan aquellas dos joyas que han quedado guardadas en las páginas del volumen primero? *Las Hijas de Ram*, (que por un mero descuido de caja, salió convertido en hijas de Pan), es un hermoso soneto. *Apolo*, es una medalla regia, vaciada en un troquel puro. En el fondo, el tono magestuoso y pujante, el perfil suave y dulcemente despótico del Dios.

Acaba de publicar un librito de *Rimas* suyas la amable revista, modernista pura y de buena ley; "Gris y Azul." He tenido el placer de recibir en obsequio un ejemplar. Contiene veinte composiciones y al entrar, en la ante-sala que da paso á la galería llena de cuadros y estatuas, un verdadero *salón* de arte, el Conde Kostia, el fecundo revistero elegante y crítico que pesa, os habla de *ella* y de él, de ese tumulto de rimas, de ese tropel argentino, que bulle y corre, cantando, como bulle y corre un arroyo limpio murmurando entre flores.

La figura literaria de Juanita, á quien conozco de físico por el fotograbado que al frente ostenta el librito, no cabe en un rápido artículo de periódico. Es harto importante, digna de estudio, esa personalidad literaria, que va por el mundo, derrochando versos, que son un algo de sus tristezas, algo de sus fugaces alegrías, algo de sus esperanzas rosadas, que se columbran allá lejos, por donde sale el sol.

En "*Gris y Azul*" he leído un precioso artículo escrito sobre las "*Rimas*," con almas de artistas y fe de sectarios, por los hermanos Uhrbach. Es un artículo justo, que lejos está de pretender ribetes de crítica seria y dogmática. En una *causerie*, en que ellos, los genuinos modernistas de Cuba, los herederos del cisne Casal, tejen una guirnalda para la frente de la discípula aventajada.

Juanita es una hermosa esperanza para la Lirica cubana. Se está formando en ella, una poetisa que gloria será de su país. Que trabaje mucho. Que día á día, prenda una nueva rosa, una nueva violeta, á su corona.

ARTURO A. AMBROGI.

\*\*\*

## Brindis àureo

Venga la copa y cálmese mi duelo,  
y abra mi estrofa su dorado broche;  
y acorazados versos en derroche  
pugnen y breguen por dejar el suelo....

Brindo por el rey Sol, que sobre el hielo  
de la cumbre inmortal clava su coche:  
odio la sombra ruin; porque la noche  
es Satanás que cruza por el cielo. ..

Brindo por el rey Sol, que tanto adoro,  
por el pájaro azul de pico de oro  
y por el cisne de cabeza blanca....

Brindo por el dolor que es gloria, luego,  
por las pupilas del poeta ciego  
y por los brazos de la Venus manca....!

JOSÉ S. CHOCANO.

## Crepúsculo en el mar

El mar todo terso y azul con tenues coloraciones de violeta y de rosa. Marcha el buque sereno y pausado rasgando el agua salobre; la espuma que hierve en los hélices se queda en la superficie y se extiende hasta lejos como una pálida senda ondulante. Del norte sopla un fresco vienteillo que me deja fríos y salados los labios, que arquea las jarcias del vapor y tiende el humo azuloso que sale de las anchas chimeneas rojas y negras.

Los pasajeros están unos en el comedor contemplando las pirámides de peras y manzanas olorosas, que levantan los criados en fuentes de porcelana para la próxima comida; otros juegan á las cartas en el salón de fumar y los demás, tendidos indolentemente en largas sillas de extensión, piensan en la lejana tierra ó leen el libro picaresco y divertido. Y sólo, estoy yo, recostado en el extremo del bauprés, junto á un cable impregnado de brea y alquitrán.

En lo alto de un mástil, cerca de mí, un marinero iza un pabellón y canta, canta lenta y gravemente algo que no comprendo, porque lo hace en un idioma que desconozco, pero su voz áspera, es en este momento dulce y melancólica; sin duda piensa en su amada, en alguna hermosa muchacha del trópico, inspirado por el poniente que el sol raya con nubes de un carmín agonizante.

¡Ah, marinero que cantas allá arriba mirando nostálgicamente el horizonte, mientras amarras con tus gruesos dedos la cuerda de la bandera que la brisa infla y golpea! ¡Ah, marinero, yo también dejé en donde crecen las lánguidas palmeras y florece el café, un pedazo de mi vida, un girón de mi alma, pero acaso tú eres más feliz que yo, abrigando la esperanza de que ella piense en tí á esta misma hora, reclinada en la ventana hasta donde suben las campanillas de mayo y se enre-



da el eundeamor!... El marinero suspira, tiene los ojos húmedos; quisiera llamarle y preguntarle sus desgracias, acaso él oiría compasivo las mías; pero ¡bah! ¡y si no está pensando lo que imagino? Ya baja la escalera; ahora enciende su pipa, pasa junto á mi lado sin mirarme y se aleja balanceándose rítmicamente sobre sus vigorosas piernas.

Del sol apenas se mira yá un filillo de su disco áureo que no deslumbra. Es un crepúsculo que pone las almas tiernas y amorosas ¡Oh, si Ella estuviera aquí, reclinada sobre mi hombro y yo aspirando el aroma de sus cabellos sutiles! Entorno los párpados y me digo: si por un milagro la encontrase ahora á mi lado; sonrío infantil y dulcemente á este pensamiento... vuelvo los ojos á mi alrededor ¡Qué soledad! El mar todo terso y azul con tenues coloraciones de violeta y de rosa, y arriba la inmensa redoma del cielo, que cierra el horizonte con una franja de escarlata.

Entre mis manos sostengo una cajita de cartón, dentro de la cajita hay una flor; la misma con que Ella adornaba su pecho la última vez que la ví. ¡Oh, flor adorada, en mis soledades hablo con tus pétalos y le cuento mis dolores, quizá has llegado á comprenderme y por esos estás prematuramente mustia y marchita; te asfixias de la caja en que te aprisiono y has perdido el color y la fragancia; no conoces más rocío que el de mis lágrimas, oh, flor bendita y sagrada que Ella llevaba en una clara noche primaveral, perdóname!

Extático contemplo la flor tendida en el fondo de la caja como una joven muerta; de repente una violenta ráfaga me arrebató de entre los dedos un pétalo que besaba... el pétalo se escapa y danza travieso en el aire, como burlándose de mí, luego cae en el mar y se va coqueteando sobre las ondas fugitivas. ¡Adiós para siempre, tú, que te llevas un beso y una lágrima de mi alma!

El Sol se ocultó por completo. El poniente encendido parece una novia ruborosa; de la sala del vapor salen nerviosas carcajadas de mujer y las aristocráticas notas de un valse, y yo, recostado siempre en la proa, miro fijamente así á donde se fué el pétalo ingrato sobre el mar todo terso y azul con tenues coloraciones de violeta y de rosa.

PEDRO-EMILIO COLL

\*\*\*

## “El Figaro”

Como nuestros lectores saben ya muy bien, con el número 25 terminó el tomo 1º El índice respectivo, no se publicó á su tiempo por múltiples ocupaciones de la redacción, pero ahora está ya para terminarse dicho trabajo, el que se repartirá con uno de los números próximos.

## Rondel

La virgen de noble frente  
y de mirada sombría,  
evocaba noche y día  
la memoria del ausente.

A veces en su agonía  
lo llamaba tiernamente,  
la virgen de noble frente  
y de mirada sombría.

Y al ver su inútil porfía  
derramaba lloro ardiente,  
la virgen de noble frente  
y de mirada sombría.

JUANA BORRERO.

(Habana).

## Crónica

Sentimos en el alma no poder publicar la preciosa crónica del baile de 25 del mes próximo pasado con que nos ha favorecido nuestro querido amigo y colaborador *Doctor Fausto*, por haber escrito ya una de la misma fiesta uno de los redactores del *Figaro*, que asistió al baile en representación del periódico. Cuando llegaron los originales del *Doctor Fausto*, la crónica de *Siebel* estaba ya formada.

Sentimos privar á nuestros lectores del placer de leer una vez más la prosa exquisita de nuestro colaborador y les prometemos revistas de teatro, que él nos ha ofrecido ya, y cuya palabra tomamos.

## Verso

—Un beso!  
—Espera!  
Al despedirse se amaron. Aquel día

—Un beso!  
—Toma!  
Al despedirse lloraron. Aquel día

JOSÉ MARTÍ

Imprenta Nacional.